# DE HISTORIA SOCIAL: UN ESTUDIO SOBRE LAS REVUELTAS CAMPESINAS

El siglo XVII, contrariamente a lo que con demasiada frecuencia se ha afirmado, es una época sacudida por gran número de revueltas, agitaciones y disturbios que encuentran su culminación histórica en la revolución inglesa. Muchas de las revueltas calificadas como conjuraciones aristocráticas o nobiliarias son revueltas representativas de un movimiento popular que tiene en su base reivindicaciones sociales y económicas.

Las revueltas encuentran su centro en Europa, entre 1640 y 1660. Las más sangrientas o de más altos vuelos, además de la revolución inglesa, son la reacción de la Fronda contra el absolutismo moderno en Francia (1648-1652); los levantamientos urbanos y rurales de Dijon, Aix-en-Provence y Burdeos, las revueltas de los Croquants, Nu-Pieds, Rouergue y Montpellier, entre 1630 y 1645 en el mismo país, por no hablar de los múltiples disturbios del reinado de Luis XIV hasta la revuelta religiosa de los camisardos; la sublevación autonomista de Cataluña contra España, que dura doce años; la triunfante de Portugal de 1640 a 1668; la revuelta napolitana de Masaniello (1647-1648) contra las tropas del virrey Arcos y la escuedra de Don Juan de Austria; la tentativa de golpe de Estado de Guillermo II en Holanda, en 1650, e insurrecciones en Ucrania, Irlanda, Suiza, Alemania, Rusia (Moscú, Ustuga, Koslov, Tomsk, Nijni-Novgorod, las insurrecciones permanentes de la «época de los disturbios», de 1601 a 1613, y otras, para culminar en la gran revuelta del cosaco Stenka Razin) y Bohemia. En España, además de las citadas y de las conocidas conspiraciones del duque de Medina Sidonia y del marqués de Ayamonte y del duque de Híjar bajo el reinado de Felipe IV, se producen levantamientos populares en Castilla, Andalucía y Valencia que, desgraciadamente, no son mal conocidos.

Pero las revueltas del siglo no son monopolio de Europa: en China se suceden entre 1620 y 1644, provocando la caída de la dinastía Ming. No amainan hasta que en 1681 es derrotado el levantamiento del general Wou-San-Kuei, célebre por haber sofocado los anteriores. En Japón, los cristianos se sublevan contra los Shoguns, confucionistas, shintoístas e intolerantes; estricta motivación política tiene la sedición de Amakusa en 1637. India conoce rebeliones religiosas como el levantamiento nacional hinduista contra los conquistadores mongoles y la de los Shiks frente a sus perseguidores musulmanes. En México hay problemas sociales y sediciones a todo lo largo del siglo XVII.

Roland Mousnier, profesor de Historia Moderna en la Facultad de

Letras y Ciencias Humanas de París, analiza en su magnífica obra los movimientos campesinos, siempre en relación con las actitudes de los otros sectores sociales, nunca aislados, de tres países de estructura social muy diferente: Francia, Rusia y China. Entre ellos existen divergencias estructurales muy profundas, que se reflejan en la caracterización de las diversas revueltas estudiadas; pero también se encuentran similitudes notables a partir de coyunturas parecidas (*).

La tesis de base de Mousnier es la imposibilidad de estudiar las revueltas campesinas sin haber clarificado previamente la estratificación social del país en que se producen. No podemos menos que felicitarnos por esta decisión. Por ella, Mousnier va más lejos de la descripción precisa e inteligente de las agitaciones campesinas: nos ofrece esquemas sociológicos de estratificación altamente ricos y nos permite el intento de construcción de una tipología de estratificación social de movimientos revolucionarios que trasciende el valor del presente trabajo. Por lo demás, es de justicia hacer notar que en otras investigaciones suyas ha hecho importantes aportaciones a esta tarea.

Entre los muchos grupos diferentes que componen la sociedad del XVII francés, Mousnier destaca la importancia de las familias, que a veces toman la forma de linajes, los cuerpos y colegios, tales como las comunidades de oficio, y las comunidades territoriales diversas. Cada uno de ellos tiene los órganos que expresan su voluntad, y sus privilegios, que corresponden a funciones sociales; privilegios que ellos consideran derechos absolutos e intangibles y el rey favores temporales revocables. Estos grupos se ordenan en estratos sociales, a los que indistintamente se llama castas, órdenes o clases, lo que crea confusiones. La Francia del siglo XVII es una sociedad de órdenes, subdividida en *estats*. Estos grupos sociales están jerarquizados según la estima, honor y dignidad atribuidos a funciones sociales que pueden no tener nada que ver con la producción de bienes materiales. Las virtudes se otorgan sobre todo a la profesión de las armas y a lo que de ellas resulta: la aptitud para el mando y la protección. La jerarquización impone un estatuto social a cada grupo y determina el grado de riqueza de cada uno. En el interior de cada *estat*, los cuerpos, colegios y comunidades forman grupos de acción con tendencia a cerrarse, transmitiéndose hereditariamente; lo predominante es la endogamia, aunque a veces corregida por la hipergamia. Hay una cierta posibilidad de movilidad social, controlada por la sociedad, pero es por familias o linajes, no individual. Las reglas se imponen más por la presión social que por la ley.

---

(*) ROLAND MOUSNIER: *Fureurs paysannes*, Calmann-Levy, París, 1967.

El orden se adquiere y se pierde. El orden de rango sitúa en primer lugar al clero, y después a la nobleza y al pueblo. Los dos primeros no pueden hacer competencia económica a éste. La inexistencia de un mercado nacional produce la desconsideración de la burguesía y sitúa a la nobleza en el primer lugar social, hacia el que todos tienden. Además, su situación económica es aún favorable, porque la retribución de las actividades productivas está regulada por la costumbre más que por la situación del mercado.

La lucha de órdenes permite al rey ser el árbitro, provoca el fracaso de los Estados Generales y el triunfo del absolutismo monárquico. La nobleza denuncia el ascenso de la burguesía a su costa, por sus deudas: pero este ascenso se realiza por el beneficio o provecho. Son clases en formación que combaten a los viejos órdenes. Pero, para Mousnier, no hay aún lucha de clases sino de órdenes, porque lo que clasifica a los hombres es la dignidad y no las ganancias. Afirmación discutible que se complementa mal con el copo burgués de los puestos de la burocracia, con posibilidades financieras.

La posición social de los campesinos depende de su lugar en dos comunidades territoriales: el pueblo y el señorío. El pueblo, con su terreno, forma parte de un señorío o está repartido entre varios. Algunos órdenes y estados están representados en él, pero la masa de población está formada por agricultores, entre los que se distinguen varios sectores según su ocupación. El conjunto forma una comunidad con bienes comunales. El señorío es un modo de propiedad inmueble que incluye dignidad social y poder público. Es a menudo su feudo. Comprende tres elementos fundamentales: dominio señorial, uno o más feudos y justicia señorial.

Este esquema general depende en gran medida de la explotación del suelo, que refleja profundamente las diferencias regionales. Lo mismo sucede con las relaciones sociales, derivadas del modo de producción. En la región parisiense, casi plenamente capitalista, la justicia señorial funcionaba casi como los jueces de paz, y la propiedad censitaria difería poco de la propiedad plena después de la revolución. El señorío no era allí más que un símbolo, mientras que en Borgoña estaba en su apogeo.

Las consideraciones precedentes permiten precisar el lugar de los campesinos en el conjunto de las revueltas de Francia. Las revueltas campesinas no están aisladas. Se sublevan con otros y después de muchos otros. La coyuntura política es propicia a la desobediencia. La participación de Francia en la Guerra de los Treinta Años pone en causa el poder absoluto creciente: su constante proclamación proporciona razones para su discusión. En 1625 se editan panfletos que re-

prochan al rey su alianza con los hugonotes herejes y la guerra contra la católica España. Los nobles reivindican el derecho de resistencia, a lo que el clero, representado por el obispo de Chartres, y otros medios absolutistas oponen la teoría del derecho divino de los reyes. Proliferan las conspiraciones nobiliarias contra el rey, defendiendo la constitución consuetudinaria contra la razón de estado, los parlamentos locales frente a la centralización, uniformización y desarrollo del Estado moderno. La consigna reaccionaria, que influye sobre los campesinos, es «volver a poner todas las cosas en su antiguo lugar».

Se multiplican las revueltas de las villas y en ellas están más o menos mezclados los campesinos. Comienzan fundamentalmente por dos causas: por la creación de «electos» o por la creación o agravación de impuestos indirectos que parecen «extraordinarios». En 1630 se producen las revueltas de Dijon y Aix-en-Provence. Conducidos por los Cascavéoux, facción demagógica del parlamento, se produce la unión de obreros agrícolas con artesanos urbanos. Aquí, los campesinos juegan un papel auxiliar en una sublevación de toda la población. En la rebelión de Languedoc, ante la violación por el rey de todos los privilegios provinciales, los campesinos acomodados siguen a sus señores. En otras revueltas también desempeñan los campesinos este papel dependiente y subordinado. Todas culminan con la victoria real.

Otra de las causas de descontento es el hambre y la especulación con el pan. Por ello se levantaron Poitiers y toda la Guyenne, con amplia participación campesina. En Perigueux y Agen las rebeliones fueron particularmente «violentas, mortíferas y plebeyas». Hay sediciones propiamente rurales. Hay que dejar constancia de las del Sud-Ouest y Baja Normandía, que se generalizan a toda Francia. Los gentileshombres ayudan a sus campesinos contra los sargentos y recaudadores, aunque, por lo demás, los campesinos sean muy capaces de rebelarse solos contra los impuestos.

Las grandes revueltas campesinas sugieren no sólo una posible unión de órdenes contra el gobierno, sino la lucha de los campos contra las ciudades, del mundo rural contra el mundo urbano. Es el caso de las revueltas de los Croquants en Saintonge y en Périgord. En 1636, todas las provincias entre el Loira y el Garona se levantan. En ese año, la amenaza española había forzado al gobierno a doblar todos los impuestos. Los campesinos toman las armas y se organizan en comuna, redactando una ordenanza y eligiendo diputados. Se ejercitan guerreramente hasta 40.000 campesinos, que extienden la revuelta y bloquean las villas. No se conoce bien la composición social de los sublevados, pero parece que se trata de una comuna rural con ejército rural que ejerce una dictadura campesina que obliga a sumarse a los que tienen

alguna competencia técnica. Pero no piden nada nuevo ni en el orden político ni en el social; ni siquiera atacan al señorío o al feudo. El único indicio de cambio social es la espada al cinto, símbolo noble, que también se explica por el estado de guerra civil en que se vive.

Las razones y objetivos de la revuelta de los Croquants, casi vencedores, se circunscriben a la crítica de la cuantía y modo de realizarse los impuestos, del despilfarro y venalidad del gobierno de los favoritos, y de la centralización parisiense. Pero incluso en los momentos álgidos de su enfrentamiento, no quieren ser tomados por traidores ni subversivos (Francia está en guerra contra España) ni aparecer como partidarios de las conspiraciones principescas.

En todo caso, la existencia de un pueblo en armas, la asamblea de pobres utilizando para el interés común a los nobles, a los ricos y al cura, la disminución espontánea de los impuestos, su nueva repartición, todo esto es propio de una democracia autoritaria. No llegaron más lejos porque no supieron ver más lejos del pueblo y no tomaron conciencia de las repercusiones de su acción. No parecen haber concebido revolución de ningún tipo. Pero las barricadas hacen ceder en algunos puntos a las pretensiones represivas de Richelieu, y esto es un hecho de la mayor trascendencia, aunque sus peticiones finales sean moderadas, sólo fiscales: demandas de vencidos.

Líneas paralelas muestra la rebelión de los Croquants de Périgord en 1637, al mando del jefe noble La Mothe La Forest. La «Comuna de Périgord» se había levantado por «la necesidad que hace permitidas todas las cosas». La falta de decisión de sus jefes provoca la derrota, después de heroica y sangrienta lucha, de los Croquants. En gran medida son amnistiados.

La revuelta de los Nu-Pieds de Normandía en 1639 presenta caracteres más graves. Normandía es un país pobre, agotado por la peste y la consiguiente crisis económica que dura de 1616 a 1639. La población queda diezmada, lo que genera una crisis agrícola que paraliza el comercio, con la consiguiente disminución de todas las actividades productivas. Sobre los supervivientes recae una sobrecarga tributaria, producto de la repartición de los impuestos. Se agrava la crónica impotencia de pago. Además, la provincia era ya de las más gravadas, y no por las instancias locales u organismos intermedios, sino directamente por el rey. En 1638, los contribuyentes ya no pagan, pero subsiste la impresión de acabamiento, opresión e injusticia. Las tasas hacen subir los precios y disminuye el consumo, ya de por sí reducido. A esto se añade la guerra y los atropellos cometidos por los soldados, a los que los naturales del lugar deben prestar alojamiento y manutención. Se multiplican los incidentes.

La revuelta es endémica, y en ella participan también los nobles afectados y los oficiales reales perjudicados. Quizá colaboran en ella 1.200 prisioneros españoles en Normandía que aprovechan el momento para fugarse. El punto de origen es Avranches, donde los Nu-Pieds organizan el «Ejército del Sufrimiento». Pero los insurgentes son una minoría. Su número no debió superar los 4.000, aunque Grocio hable de 20.000. El general insurgente se hacía llamar Jean Nu-Pieds y se sospecha que era clérigo, aunque muy bien pudo ser un estado mayor, un ser colectivo. No se conoce bien la participación de los burgueses; los nobles fueron acusados de complicidad.

¿Qué querían sus jefes? Parece que algo así como un comunismo igualitario que preparase la venida de Jesucristo. Pero se busca la libertad y la defensa de la patria oprimida. Se habla de los «ricos vendepatrias» centralistas. No se puede poner en duda aquí la existencia de lucha de clases y la apelación a la constitución de un frente común contra los tiranos. Constantes llamadas al tiranicidio. Se expresa claramente un programa de nacionalismo normando, pero no hay trazas de programa social en esta lucha antifiscal.

En la revuelta de los Torrében de Bretaña, mal llamada «revuelta del papel timbrado», las circunstancias políticas son muy diferentes de las anteriores. La existencia de una institución no feudal como el «dominio recuperable», que responde a un estado de pobreza y ofrece ilimitadas posibilidades de exacción, pudo ser la causa esencial. Los insurrectos, desconocidamente belicosos, establecen un «Código campesino» bajo pena de «Torrében» (rompecabeza), firmado por «Torrében y los habitantes». No atacan la estructura de la sociedad en órdenes, sino su inmovilidad social. Son terriblemente furiosos, pero reaccionarios.

Sólo en el país de Poher hubo verdadera revuelta social. Es posible que el color rojo se convirtiese en símbolo popular a partir de su adopción por los revolucionarios en esa ocasión. Hay un intento de dictadura campesina, pero falta una ideología política y social coherente.

Después de tan sangrientas revueltas, todo parece haber quedado en el mismo estado que antes.

Rasgos muy diferentes ofrecen las revueltas en Rusia. En 1598, cuando adviene al poder el zar Boris Codunov, la sociedad rusa se encuentra profundamente agitada. El zar es considerado como propietario hereditario del Estado y Moscovia es su propiedad dominical privada. Los zares, descendientes de los emperadores bizantinos, y consiguientemente de los romanos, por la boda de Iván III con Sofía Paleóloga, son «autócratas», es decir, derivan su poder de ellos mismos y son superiores a cualquier mortal.

Todos los rusos están poseídos de estas ideas. Se habla de la «Santa Rusia» y se reverencia la autocracia, que es hereditaria. Pero cuando la familia Kalita se extingue, es elegido Boris, «designado por Dios», y las gentes no pueden comprender que un zar sea elegido. Además, en 1591, el príncipe Dimitri había muerto degollado en circunstancias misteriosas y se esperaba su resurrección para confundir a sus asesinos y recuperar su Otchina, su Estado.

Multitud de causas estructurales y coyunturales de todo orden configuran a Rusia como una sociedad especialmente propicia a los disturbios. El desarraigo del pueblo y la creación de una frontera, así como las matanzas de los tártaros y la huida en masa de los campesinos, determinan la aparición de los cosacos, formando comunidades permanentes con costumbres nómadas. Se organizan libertaria e igualitariamente. Algunos eran súbditos del rey de Polonia y otros del zar.

Otra masa era la de los «irregulares», al margen de la ley aunque a veces sean tolerados. Están maduros para la revuelta. Rusia es una sociedad litúrgica de órdenes que no conoce la jerarquía feudal ni los cuerpos intermedios ni organización corporativa, atravesando una depresión económica duradera.

Sin el Estado, esa sociedad se hubiera convertido por sí misma en una sociedad de clases, fundada en la relación del hombre con los medios de producción. Pero el Estado la mantenía como sociedad de órdenes repartida en grados de servicio. El servicio del Estado era la condición de la propiedad territorial. Entre los «servidores del Estado», príncipes, «boyeros», votchinineiks y pomieshchiks, había varios grados, según la extensión de las propiedades y la importancia de los servicios. Pero, entre todos ellos, había una tendencia general al endeudamiento, agravado por intereses hasta del 365 por 100, que les obligaba a huir, hacerse campesinos o unirse a los cosacos. Hubo muchos servidores del Estado entre los rebeldes del «tiempo de los disturbios».

Después de ellos venían los «contribuyentes de las villas» y luego los «contribuyentes del campo», que constituían la base del Estado. Todos eran jurídicamente hombres libres, pero no en la práctica. Por último, los esclavos.

La suerte general tendía a empeorar.

La lamentable situación social engendraba un bandidaje permanente. El pueblo consideraba a los bandidos como a sus vengadores y se negaba a colaborar con las autoridades. En 1600 corrió el rumor de que Dimitri no había muerto. La desgracia se cebó entonces sobre Boris. El hambre de los años 1601 a 1603 fue espantosa y el número de bandas aumentó. La represión de Boris resultaba estéril y, como no era popular, pronto se convirtió en enemigo público. En esos momentos

apareció el zarevich Dimitri y la gran revuelta estalló. Por ambos lados se vio como la lucha de Dios contra Satán.

Dimitri, que se piensa era falso, se alió con los cosacos e invadió Rusia. Los aliados no eran sólo cosacos, pero se llamó así a todos los que se levantaban por su libertad. La lucha, igualada, se decidió a la muerte de Boris, cuando su ejército se pasó a Dimitri. Pero éste no llegó a reinar un año, porque había perdido interés para los «boyeros» y no respetaba el ritual. El palacio fue asaltado y Dimitri asesinado. Pero entonces se dijo que el muerto no era Dimitri y comenzó una nueva insurrección. A su frente se puso un campesino esclavo, Bolotnikov, a quien se confiaron 12.000 hombres. Hizo una convocatoria general con gran éxito y obtuvo resonantes victorias.

Los rebeldes de Bolotnikov querían lo mismo que los campesinos franceses. Los manifiestos y las «Cartas fascinantes» de Bolotnikov llamaban a una insurrección social para tomar Moscú, que muy bien pudo haber supuesto el germen de una revolución social: desposesión de las clases altas por los campesinos y artesanos, con redistribución de la tierra y de la propiedad. Es posible que lo que en realidad pretendieran fuera una democracia de pequeños propietarios campesinos con jefes elegidos. Pero también puede ser que Bolotnikov solamente fuese fiel al «verdadero zar». En todo caso, su violencia le enajenó el apoyo de sus partidarios nobles y fue vencido.

Pero las revueltas continuaron y los cosacos siguieron fabricando falsos Dimitris. Después de varios años de guerras y agitaciones, una asamblea con amplia representación nacional eligió zar a un cosaco del Don, «el zar nato Miguel Romanov». Con esto acababa la «época de los disturbios».

La gran revuelta social del cosaco Stenka Razin, a pesar del fervor iluminista con que fanatiza a las masas campesinas, tampoco consigue variar el curso de los acontecimientos de una sociedad de órdenes que se encamina necesariamente a su conversión en sociedad de clases. No sucede lo mismo con todas las revueltas chinas, en especial las que tienen lugar bajo los últimos Ming.

La sociedad china estaba organizada según las estructuras tradicionales que conservó en sus líneas maestras desde los Han (221 a. de C.) hasta la revolución de 1912: sociedad de órdenes organizada a partir de una burocracia de magistrados reclutados por concurso, detentando todo el poder y obteniendo de él la dignidad social y la riqueza. Por debajo del emperador y de la nobleza de dignatarios a sueldo se distinguen tres órdenes: *a)* la élite, compuesta por magistrados y titulares de los grados universitarios; *b)* el común, la masa de la población que vive de las ocupaciones respetables productoras de bienes materia-

les (agricultores, artesanos, comerciantes, por este orden), y *c)* los innobles, entregados a las ocupaciones más viles.

La tesis de que China es una sociedad de órdenes es discutible. Karl A. Wittfogel la rechaza en base a que China no es una sociedad feudal descentralizada; no hay «estados» ni corporaciones. El Estado está centralizado y la riqueza y el prestigio dependen de la participación en el poder y no de la propiedad privada. Sitúa a China en el cuadro de las «sociedades orientales» que él llama «hidráulicas», porque la organización política autoritaria y la estratificación social derivan del gran trabajo y cooperación social que requieren las obras de drenaje e irrigación.

Pero es posible que Wittfogel incurra en el error de confundir «órdenes» y «corporaciones».

En la sociedad china, el poder absoluto reside en el emperador hereditario, y sólo está limitado por Confucio y por la burocracia. Pero no está al abrigo de circunstancias adversas tales como epidemias o catástrofes, símbolo de que no sigue el camino marcado por el cielo. Cuando sobrevienen estas desgracias, el emperador puede ser derrocado, lo que sucede periódicamente (unos cuatrocientos años), con el consiguiente cambio de dinastía. Pero el cambio no supone nunca una revolución, sino que forma parte del orden establecido, del eterno retorno predominante en una sociedad agraria.

Una cuestión a la que convendría dedicar estudios más detallados es saber si bajo los últimos Ming el capitalismo comercial nacía en China o si estaba ya desarrollado y se estaba produciendo el salto al capitalismo industrial. Es cierto que determinadas industrias habían alcanzado un volumen importante de producción, como las de la sal, los tejidos o el hierro. Asimismo, se encuentra cierto número de artesanos ahorradores que acumulan capital y se convierten en empresarios industriales. Pero el gran predominio corresponde a las pequeñas empresas artesanales, por lo que hay más razones para creer en el capitalismo comercial chino.

No hace falta precisar que la base de la economía china es la agricultura y que la situación general del campesino, sin ser mísera, no es desahogada. Como en Francia o en Rusia, existe un proceso de habitual y progresivo endeudamiento. Los campesinos deben entregar el 60 por 100 de la cosecha como renta y vender a bajo precio a los monopolistas de los mercados locales, lo que redunda en degradación social y opresión. Si a este endeudamiento general se une el aumento de las cargas fiscales y de la insoportable presión tributaria, la tiranía y veleidades políticas con aumento del lujo y despilfarro cortesanos, las condiciones climáticas adversas traducidas en sequías y hambre,

la inepcia de los gobernantes, la supresión del sistema de postas y el mantenimiento de guerras exteriores desastrosas constantes, las causas de las revueltas habrán quedado claras. No sucede lo mismo con los datos o relatos de sus acontecimientos, porque las crónicas, dinásticas o confucianas, son poco dignas de crédito.

Hay que distinguir dos etapas en su desarrollo: entre 1630 y 1640, en que proliferan los bandidos errantes, y de 1640 en adelante, cuando los grandes jefes rebeldes, Li-Zu-Chen y Chang-Hsien-Chung, comienzan a alimentar pretensiones dinásticas. Ambos, presentados por las crónicas palaciegas como monstruos capaces de las peores atrocidades, habían sido condenados a muerte y se habían evadido, formando bandas. En 135, el gran conciliábulo de Hunán los confirma como los dos grandes jefes de un poderosísimo movimiento general que empieza a configurarse como alianza nacional de clases. Se desarrolla su vertiente política con la inclusión de jefes militares y consejeros intelectuales. La fuerza organizativa se multiplica con ello. Pero si las posibilidades de cambio de dinastía son grandes, las de revolución han desaparecido por entero, porque los jefes se han hecho confucionistas al contacto con sus consejeros.

En particular, la carrera y organización de Li-Zu-Chen hacia el imperio es sencillamente prodigiosa. Sus campañas de propaganda prometen la abolición del pago de los impuestos y el reparto de la tierra, con lo que consigue gran popularidad. Como no podía por menos de suceder, Li-Zu-Chen toma el poder y se proclama emperador, aunque por el brevísimo plazo de treinta y siete días, al cabo de los cuales es derrotado por su enemigo el general Wou-San-Kuei, aliado con los manchúes, a los que él va a conducir hasta el trono para después rebelarse contra ellos y protagonizar la última de las revueltas.

De todos modos, el efímero gobierno de Li no conoce el reparto de tierras ni reforma alguna que no sea puramente nominal. Otro tanto sucede en el Oeste, del que se ha apoderado Chang-Hsien-Chung, abandonadas ya sus pretensiones dinásticas.

No es justo hacer recaer sobre ambos cabecillas el fracaso de los intentos de modificar a China. Hay una razón más profunda: no era posible construir un Estado sin los graduados universitarios, que eran los portadores del saber y de la tradición, pero era imposible hacer una revolución con ellos. La frustración que el conocimiento de su impotencia generó en Chang le hizo recurrir al terror, creyéndose el vengador de los crímenes humanos. Se calcula que debió matar a más de dos millones de personas, por lo que, naturalmente, se quedó sin partidarios. Finalmente, traicionado por un oficial suyo, fue sorpren-

dido por los manchúes: sin casco ni coraza se arrojó contra ellos. Murió de un flechazo, en la rabia y la inconsciencia, como había vivido.

A su muerte, toda China se vio sometida al poder omnímodo de los manchúes, que sólo aportaron su racismo. Por lo demás, todo permaneció en China como si nunca hubiese habido levantamientos.

A manera de conclusión, Roland Mousnier pone en relación las diversas estructuras parciales obtenidas en su análisis al objeto de determinar invariantes generalizables. El resultado de comparaciones sistemáticas entre las causas, desarrollos y efectos de las revueltas de los tres países estudiados es relativamente decepcionante. Operando sólo con dos variantes, estructuras sociales y conflictividad en un solo sector de la población, el campesino, es difícil precisar estructuras significativas. Unicamente por lo que se refiere a las causas la comparación se muestra fecunda: en la base de las revueltas francesas, rusas y chinas aparece inevitablemente la opresiva fiscalidad del Estado. En Francia, los grados de rebelión se corresponden con la creciente presión fiscal y a la negativa de obediencia siguen disturbios y alzamientos, para culminar en revueltas abiertas a mano armada. En Rusia, la fiscalidad pesa y es una de las causas profundas de las revueltas, pero no la causa desencadenante, que, en la «época de los disturbios» es el hambre y en la insurrección de 1670, la «anábasis de Stenka Razin». En China, el motivo decisivo es la medida fiscal de abolir el sistema de postas que constituía la única posibilidad de los campesinos de las montañas de comerciar y relacionarse con el mundo urbano. Naturalmente, a ello se suma la agravación de los impuestos conjugada con calamidades de la Naturaleza.

Si la fiscalidad del Estado, empeorada por el modo de percepción y el enriquecimiento de la burocracia recaudadora, es el origen común de los levantamientos, las causas primordiales de su pesadez son también comunes: en primer lugar, los gastos derivados de la frecuencia de las guerras nacionales y la defensa de las largas fronteras de los Estados y la represión de los propios conflictos interiores; en segundo lugar, el desarrollo de lo órganos del Estado, cada vez más centralizado y burocrático, y el aumento del número de sus agentes.

Culmina Mousnier su importante trabajo animando o, más bien, exhortando a los estudiosos de otros países a que emprendan en el legado de su historia nacional, la tarea que él y su equipo han realizado para Francia, Rusia y China. Sólo universalizando la perspectiva será posible determinar la trascendencia de las revueltas populares contra el absolutismo en el siglo XVII sobre el curso de la Historia.

Unicamente dos reparos, para terminar. Sería enojoso rememorar aquí la polémica sobre la posible «historia documentalística» o historia

construida a partir de los solos documentos. Pero sí puede acusarse a Roland Mousnier, probablemente a causa de la riqueza de los medios de investigación con que cuenta y de la calidad y devoción de los equipos que le rodean, de haber prescindido, en el estudio de un tema como el que nos ocupa, «de los contactos personales, esenciales aunque sean ligeros, con los lugares sobre los que escribe el historiador y sus gentes, sobre todo si ha de comprender problemas que están muy alejados de la vida normal de un profesor universitario», como por su propia experiencia recomienda Eric Hobsbawm.

El segundo reparo, subjetivo, desde luego, se dirigiría a la actitud erudita y en algún modo «cientifista» con que Mousnier enfoca sus trabajos. Como admirablemente dice el propio Hobsbawn, «el interés de la rebelión primitiva no estriba en su análisis como sistema de los movimientos sociales propios de las sociedades tradicionales, sino en el uso que de este material del pasado puede hacerse para improvisar movimientos que se enfrenten con una situación nueva».—JOAQUÍN ARANGO VILA-BELDA *(MADRID)*.

## JORGE CARRERA ANDRADE Y EL «HOMBRE PLANETARIO»

Desde hace más de cuarenta años está en activo, es decir, escribiendo y publicando con cierta regularidad, el poeta ecuatoriano Jorge Carrera Andrade, nacido en Quito en 1902. Habiéndose iniciado muy joven en el oficio poético, es a partir de los años treinta, al publicar en España diversos libros que señalan ya una clara madurez, cuando es saludado y reconocido por poetas y críticos como una de las voces más vigorosas de la poesía hispanoamericana. Un escritor, entonces con prestigio y hoy casi en el olvido, Benjamín Jarnés, decía en su obra *La golosina y el cielo*, refiriéndose a la poesía de Jorge Carrera Andrade: «... el verso se somete dócilmente a la voluntad del poeta que prefiere ritmos sencillos, goznes suavizados. Precisamente por acusar una robusta personalidad poética, para nada procura hacer visible su auténtico vigor» (1). Este juicio de Jarnés vale tanto para la obra de aquel tiempo como para el quehacer futuro del poeta. En efecto, Carrera Andrade ha seguido demostrando a lo largo de los años esa «robusta personalidad poética» vertida a través de unas formas de delicadeza y

(1) Véase JORGE CARRERA ANDRADE: *Rol de la manzana. Poesías (1926-1929)*. Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1935.